

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
Salmo 96	1
Bosquejos del Antiguo Testamento	13
Lo que los cohetes no pueden investigar ..	29
Tentación y Victoria	33
Bosquejos para Sermones	39
¿Sabía Vd?	48

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

Homilética

TENTACION Y VICTORIA

Un mensaje cristiano para jóvenes cristianos

En la ciudad de los faraones el mercado de esclavos acababa de abrir sus puertas. Blancos y negros, cautivos y esclavos, procedentes de diferentes países, víctimas de la desgracia o de la guerra, o, como José, víctima del odio y los celos de sus hermanos, están sobre el tablado.

El capitán de la guardia del palacio del Faraón también está allí. Busca un "buen" esclavo para su casa. Le llama la atención un joven hebreo robusto y simpático. Lo examina. Palpa sus músculos, mira su dentadura, le alza la cabeza para poderles ver los ojos, y, satisfecho con las condiciones físicas del joven lo compra a sabiendas de que está haciendo una verdadera pichincha y se lo lleva a su palacio. José tendría en esos momentos unos veinte años. Era piadoso y bien favorecido. Poseía la belleza de su madre unida a un toque masculino. ¡Pobre José! ¡Su atractiva personalidad lo ha de conducir hasta la misma puerta del infierno!

En el palacio de Potifar el joven esclavo llega a ser el hombre de confianza de su patrón y muy pronto es ascendido al cargo de mayordomo. Indudablemente "Dios estaba con él."

Pero José se encontraba en Egipto y en aquellos días era sinónimo de sensualidad y de corrupción. La esposa de Potifar puso sus malos ojos sobre el joven hebreo. Aquella mujer era el diablo mismo vestido con polleras. El diablo, que había llevado a José a la adversidad, habiendo fracasado en su intento de quebrantar el espíritu del joven, lo tienta ahora en la carne.

Todo hombre, tarde o temprano, deberá enfrentarse con esta tentación, y todo su futuro dependerá de este encuentro. Entre todas las tentaciones la más natural, la más fuerte y la más peligrosa es esta que asedió a José. Cuando uno se rinde a esta tentación huyen de él la tranquilidad y la paz mental, la grandeza y el honor. Pero cuando esta tentación es conquistada, hay manos invisibles que comienzan a formar una cadena de oro para colgar del cuello del héroe.

La tentación es peligrosa cuando proviene del hombre. Cuando se despierta dentro de nosotros ese mal sentimiento que nos impulsa a satisfacer nuestros apetitos. ¡Pero cuán terrible es dicha tentación —como en el caso de José— cuando procede de una mujer! La mujer siempre es más grande que el hombre o peor que él. *Ella es el ángel o el demonio del hombre*. La mujer puede elevar al hombre a alturas indecibles, o puede sumergirlo en terribles profundidades. El sentido de vergüenza, de honestidad, es mucho más fuerte en la mujer que en el hombre; pero cuando ella se presenta como un tentador deliberado y persistente, revela cuán peligrosa es para el bienestar espiritual y moral del hombre. En el caso de la tentación de José el cielo, la tierra y el infierno están contemplando a nuestro joven.

La tentación que experimentó José fue sumamente fuerte, ante todo por su origen. El tentador no era una persona común, no era una mujer "trotacalles", sino una mujer de categoría, una mujer bella, una mujer elegante. Era también una tentación fuerte porque José no era de madera o de piedra, era un joven impulsivo, generoso y de buen porte. ¡Sangre caliente corría por sus venas!

Esta tentación ofrecía a José la oportunidad de tener influencia dentro de la corte. Negarse a los deseos de esa mujer significaría granjearse su odio, perder su posición en la casa de Potifar y... posiblemente exponerse a perder la vida.

José experimentó una tentación sumamente fuerte porque su tentación se repitió una y otra vez. Diariamente debía José entrevistarse con su tentadora. Debemos recordar también que nuestro joven se encontraba lejos de su hogar, y que lo que le pedía hacer la esposa de Potifar era una cosa que era muy común entre los esclavos. José se encontraba en el exilio; había sido sumergido en la esclavitud. Probablemente nunca volvería a la casa paterna; sus principios morales y religiosos no lo habían salvado de la desgracia y de la esclavitud. ¿Por qué no ceder? ¿Por qué no disfrutar de un momento de placer? Todo, en realidad, todo contribuía a hacer la tentación tan terrible como es posible imaginarse.

Además, José no tuvo una voz que le hablara y ninguna visión como las tuvieron Abraham y Jacob. Pero había una cosa en la personalidad, en el carácter de José: *conocía y reconocía los hechos morales de la vida*. ¿Cómo explicarse que en

medio de esa terrible batalla José saliera victorioso? Me atrevería a decir, sin temor a equivocarme que lo que le hizo ganar la victoria contra aquella terrible tentación fue el sentido y el sentimiento de que lo que se le pedía hacer era un pecado contra su prójimo, contra sí mismo y contra Dios. En realidad, esa clase de pecado lo es siempre contra alguna otra persona, contra uno mismo y contra Dios.

En respuesta a la malvada proposición de la esposa de Potifar, José respondía que no podía cometer esa baja acción sin violar la confianza que había depositado en él su patrón. Por lo tanto hacer semejante cosa, ceder a tal proposición, sería mostrarse ingrato y traidor.

Pero si José entendía que la cosa era una maldad contra Potifar, también sabía que eso sería una maldad contra sí mismo. José, a semejanza de todo joven, tendría sus sueños para el futuro, y no estaba dispuesto a desvanecer sus sueños para el futuro. Así que, José no sólo sintió que no debía ser un traidor a Potifar, sino que entendió también que no debía traicionarse a sí mismo.

Pero sin el temor a Dios, ante los repetidos asaltos de la tentadora, José podría haber caído. Sus padres, Jacob y Raquel le enseñaron durante la niñez a amar y temer a Dios, y esta fe le acompañó hasta en el exilio. Jacob no fue en manera alguna un hombre ejemplar, sin embargo enseñó a su hijo a amar y temer a Dios.

Y ahora, en el preciso momento que la tentación era más aguda, podemos ver el valor de esa preparación, de esa educación —de la educación religiosa recibida durante la juventud y la niñez— pues el texto sagrado nos presenta a José — cuando no ceder a las peticiones de la esposa de Potifar hubiera sido una ridiculez, lo vemos exclamando: “¿Cómo podría yo hacer este gran mal, y pecar contra Dios.”

No es difícil imaginarse los vituperios y las burlas de esta provocadora mujer — como sabemos, todo joven odia que se ve vituperado y especialmente por una mujer. Un antiguo drama basado en la vida de José representa a la esposa de Potifar, arrojando una prenda íntima sobre la imagen de un dios egipcio, y diciéndole al joven: “Ahora el dios no nos ve”; pero José le responde: “Pero Dios me ve”.

Fue el sentimiento de la presencia de Dios lo que libró a José de ser vencido por la tentación. Otras consideraciones podrían haberle hecho fracasar. Otras anclas podrían haber fallado; pero el ancla del temor a Dios que José había arrojado a lo más profundo del mar de la tentación, le hizo inviolable y lo salvó ante la terrible tempestad que amenazaba su alma y su personalidad. ¡Desgraciado del hombre o de la mujer que anda por la vida sin estar guardados por el temor de Dios! Permítle decirle a este anciano predicador que, ningún tratado de psicología, que ningún consejo de amigos, ni aun las plegarias de un padre y de una madre piadosos, pueden sustituir al temor de Dios y el miedo a hacer lo que se sabe que es pecaminoso.

Qué debería hacer José en ese momento? Hizo lo que debió hacer: HUYO. Salió inmediatamente de aquel medio peligroso. Huyó de la alcoba y huyó de la casa. Su nombre, su bienestar, su misma vida estaban en peligro, pero su alma estaba inmaculada.

Hay ocasiones en la vida en las cuales huir, significa salvación. Es inútil orar diciéndole a Dios: "No me metas en tentación" y luego, deliberadamente buscarla. Es tristísimo cuando un joven ora diciéndole a Dios "No me metas en tentación" y luego se pone a leer a escondidas un libro de dudosa moral, o concurre a cierta clase de "show"; Es peligroso, a menos que el joven sea de hierro o de madera, y pueda por lo tanto verse libre de excitar su imaginación y de excitar el insondable hoyo de los deseos sensuales. Hoy, mañana o pasado mañana puede ser demasiado tarde este mensaje para algunos jóvenes. Mi recomendación es: Ante esta clase de tentaciones, huya. No se avergüence de huir; avergüéncense, sí, de pecar.

La túnica que vestía José fue abandonada tras de sí. Esa túnica que era la prueba real de su inocencia, ahora es usada para incriminarle y culparlo. ¡Qué ironía! *Por el acto más noble de su vida, José va a la cárcel.* El sufrimiento más grande que puede experimentar un alma es el que produce una acusación falsa. Los hombres que caen bajo la acusación falsa de deshonestidad, cuando en realidad son inocentes, sufren moralmente lo indecible. Esa miseria la llegó a conocer José. En palabras del salmista: "el hierro entró hasta el alma".

¡Qué terrible noche debió parecerle a José la primera noche que pasó en el calabozo de la prisión! No sé si llegó a exclamar

con amargura diciéndose: "¿En dónde está Dios, cuando la virtud me ha traído hasta este calabozo, cuando el vicio y el pecado me habrían exaltado y proporcionado honor? ¿En dónde está el Dios de Abraam, de Isaac y de Jacob? ¿He sido un loco? ¿Habría sido mejor para mí hacer lo que esa malvada mujer quería que yo hiciese? Temí pecar contra Dios; pero Dios ha permitido que por mi buena acción se me arrojase en este calabozo". Esto pudo haber pensado José. Es muy humano que tales pensamientos se hubieran agolpado en su mente. Pero la Biblia nos dice que "Dios estaba con José" como lo estará con todos aquellos que le son fieles y quienes eligen el desastre, la vergüenza, la cárcel, la muerte misma antes que caer en el pecado.

La reivindicación de José y el premio que merecía se produjeron más tarde. Pero aún así, en esa primera noche en el calabozo, aunque José no sabía nada de su futuro, manos invisibles estuvieron forjando los eslabones de la cadena de honor que luciría un día.

El había perdido el vestido de muchos colores a manos de sus hermanos; él había dejado en las manos de aquella malvada mujer el vestido que le diera el general Potifar; pero ahora José va a tener otro vestido. Los ángeles del cielo lo están tejiendo para él. ¡Y qué vestido! En su trama entra el hilo rojo del sacrificio, y el hilo azul del honor, y el oro de la gloria inmarcesible.

¡Póntelo José! ¡Póntelo y lúcelo siempre! ¡Usalo, para que tus hermanos de hoy lo vean —los jóvenes de nuestras congregaciones cristianas— quienes también, como tú, se sienten víctimas de tu propia tentación. Camina con este vestido maravilloso por el camino de nuestra iglesia, y despliega ante los ojos de nuestros jóvenes ese vestido que los ángeles tejieron para ti cuando estabas en la prisión. ¡José, hijo de Jacob, pasea por nuestras calles y por nuestras plazas, y por nuestros parques; entra en nuestras oficinas, en nuestros teatros, en nuestros salones sociales y di a nuestros jóvenes que un día, ellos también podrán encontrar en la alcoba de alguna esposa de Potifar, y sufrirán la misma terrible tentación que tú experimentaste.

Muéstrales, José, la eterna tragedia que les espera si sucumben a las invitaciones del tentador: la pérdida del respeto propio, el oscurecimiento del faro de las nobles ambiciones; y que

cuando ellos lleguen a conocer el verdadero amor, el cual no se descubre de manera ilícita, puedan presentar a su novia un cuerpo imaculado y sin las marcas del oscuro pecado.

Despliega tu ropa, José, y advierte a nuestros jóvenes las terribles consecuencias de la caída; y a todos los tentadores y tentadoras, diles que si mala es la suerte de aquellos a quienes tentaron invitándolos a pecar, más terrible es la suerte de los que produjeron la tentación, y cuán bueno hubiera sido para ellos que le colgaran del cuello una piedra de molino de asno y lo arrojaran a las profundidades del mar.

Ponte, José, el vestido que tejieron para ti los ángeles, mientras estabas en la prisión, y muéstralo a nuestra juventud para que sepan lo que significa tener un Dios cuyo temor nos libra del pecado y quien los seguirá y los sostendrá aunque por no pecar debieran ir a la cárcel.

Haz flamear ante nuestros jóvenes, ese vestido que te tejieron los ángeles; flaméalo como señal de peligro, y di a nuestros jóvenes que huyan ante las peligrosas tentaciones que afectan la moral y disminuyen la hombría.

José, pasea ante nuestra juventud con tu glorioso vestido, y dile a nuestros jóvenes y a nuestras señoritas, que Dios nunca se olvida de los que no se olvidan de él. Díles, sí, con voz de trueno que es mejor ir a la cárcel con Dios que vivir en el palacio del pecado. Amén.

De The Way of a Man with a Maid
Adaptado por A. L. Muñiz

¿SABIA USTED QUE...?

¿Sabía Ud. que anualmente nacen en el mundo 120 millones de niños y que la población de la tierra crece cada año en 65 millones de hombres? Más grave, sin embargo, es el problema de que un tercio de la humanidad ni siquiera ha oído el nombre de Jesús, y que a un otro tercio nunca fue presentado el evangelio de Cristo de una manera concreta.